

Alan Watts
EL GRAN
MANDALA



Estos ensayos sobre la materialidad discurren sobre el tema de la confusión en que ha caído el hombre civilizado, atrapado entre símbolo y realidad. Así, suele producirse la absurda situación de preferir el dinero a la riqueza, o de preferir el «menú» a la comida. Entretenido con números y conceptos, el hombre civilizado termina olvidando su dependencia del aire, el agua, las plantas, los animales, y hasta las bacterias. El pensamiento del famoso filósofo y orientalista Alan Watts fue una pieza clave en el movimiento contracultural, y sus libros sobre budismo zen, taoísmo o psicología de la religión son todavía hoy las mejores introducciones a las filosofías orientales destinadas al gran público occidental.

Índice de contenido

Cubierta

El gran mandala

PRÓLOGO

RIQUEZA CONTRA DINERO

ASESINATO EN LA COCINA

SOBRE LAS ROPAS

EL ESPÍRITU DE VIOLENCIA Y EL PROBLEMA DE LA PAZ

DROGAS PSICODÉLICAS Y EXPERIENCIA RELIGIOSA

SIETE ENSAYOS CORTOS

EL MITO BÁSICO

EL GRAN MANDALA

SELECCIONANDO VIBRACIONES

PLANTANDO SIMIENTE Y RECOGIENDO EL FRUTO

ARTE CON A MAYÚSCULA

EL BUDISMO DE ALDOUS HUXLEY

D. T. SUZUKI: EL ERUDITO DE LA «NO-MENTE»

Sobre el autor

Notas

Para Robert B. Shapiro

PRÓLOGO

Este libro se compone de una serie de ensayos sobre la relación del hombre con el mundo material, naturaleza, medio físico, cuerpo, materia sustancial o como quiera llamarse. Al usar palabras tales me doy perfecta cuenta de que se trata de conceptos abstractos y filosóficos. También es abstracto decir que la «realidad» es algo mental o espiritual. Intentaré hablar de algo que no sólo se reduce a palabras, sino de algo que las palabras u otros símbolos representan. Alfred Korzybski lo denominó lo no-verbal o (con un delicioso *double-entendre*) el mundo de lo «inhabitable».

Naturalmente, la realidad no es ni materia ni espíritu. Es un *perceptum*, no un *conceptum*, y todo el mundo sabe lo que es, en el sentido de que uno sabe cómo respirar sin que para ello sea preciso el menor conocimiento de fisiología. San Agustín, al ser interrogado acerca de la naturaleza del tiempo replicó: «Sé lo que es, pero cuando me preguntáis no lo sé.» Digamos (ya que cuando se escribe un libro hay que decir *algo*) que la realidad o la existencia es un sistema interconexo y multidimensional de distintos espectros de vibraciones, y que los cinco sentidos del hombre sólo pueden captar bandas muy reducidas de dichos espectros. Esto suena muy profundo y, sin embargo, puede no significar nada en absoluto; ahora bien, al leerlo se debería prestar tanta o más atención al sentido de las palabras que a su significado. Sería un modo de comprender lo que quiero decir.

Lo que quiero decir es que debemos apercibirnos de que lo que sucede es siempre distinto de las formas de descripción: palabras, números u otros símbolos. La enfermedad que aqueja a la civilización, Oriental u Occidental, es que nos hemos excedido en algo que en sí es bueno: confundimos la maravillosa facilidad de la descripción con la realidad descrita, el mundo etiquetado y clasificado con el mundo tal cual es. He aquí por qué si me paso el tiempo hablando, no puedo estar abierto a lo que otro tenga que decir. E igualmente, si no hago más que pensar (o sea hablar conmigo mismo) durante todo el tiempo, el único objeto de mi pensamiento serán los pensamientos. Cada vez tendré menos conciencia del sistema de vibraciones que las palabras y pensamientos tan sólo representan.

No soy ningún anti-intelectual. A fin de cuentas me gano la vida gracias a muy diversas verbalizaciones. Pero me pregunto con qué alimentaremos el fuego intelectual, si llegamos a una situación en que los pensamientos constituyen el único objeto del pensamiento y los libros no tratan más que de otros libros.

Ésta es la razón por la que gran parte de las disertaciones políticas, filosóficas o incluso científicas me parecen un absurdo cada día mayor. Pretenden traducir un sistema no lineal y multidimensional de vibraciones a un sistema lineal (alfabético o matemático) de símbolos; y es esto precisamente lo que no puede hacerse. Sería como intentar travesar el océano Atlántico al Pacífico con la ayuda de una jarra de cerveza: por más automatizado y cibernético que fuera el proceso, todo sería inútil.

No hace tiempo, un profesor de la Universidad de Harvard declaró —con relación al escándalo provocado por Timothy Leary y las drogas psicodélicas— que el único conocimiento intelectual y académicamente respetable es aquel que puede ser expresado con palabras. ¡Ay de los departamentos de música, arte, danza y educación física! El problema consiste en que la gente civilizada no comprende que

sus cerebros son mucho más eficaces que sus mentes, considerando «mente» como el sistema total de reglas verbales, matemáticas y notacionales mediante las que nos comunicamos y conservamos la información. Los neurólogos son los primeros en admitir que su ciencia no pretende comprender todo el sistema nervioso, lo que equivale a decir que el cerebro está organizado de forma mucho más compleja que nuestra lineal y codificada información sobre el mismo. Por ejemplo, un virtuoso organista puede interpretar cuatro ritmos y melodías distintas —una con cada mano y otra con cada pie—, pero incluso los individuos inteligentes difícilmente pueden enténderselas con cinco, seis o siete variables al mismo tiempo. En cambio, el sistema nervioso, al organizar las funciones del organismo, maneja miles de variables a la vez, toda vez que el cerebro opera inteligentemente sin tener que pararse a pensar.

Pongamos por caso: un hombre genial, sea en pintura, danza o deporte, que no puede explicar cómo pinta, baila o lanza la pelota, no está usando su mente, sino su cerebro. Consideremos, por ejemplo, las diferencias entre la música hindú y la música clásica occidental. En ésta, empezamos por aprender a leer un sistema de notación, que ya nos limita a una escala de doce tonos y a medidas rítmicas tales como largas, redondas, negras, corcheas, semicorcheas, fusas y semifusas. Nuestra tradición musical, a causa de haberse transmitido mediante notaciones, es esencialmente *literaria* y toda ella —aun las más tiernas canciones de amor— suena a los oídos orientales como una marcha militar. Los hindúes hacen uso de la notación, simplemente, como de un *aide-memoire* para ciertos temas. La música la aprenden siguiendo las ejecuciones de un maestro, imitando la sutileza de su juego nervioso y muscular al pulsar las cuerdas o golpear el tambor, con lo que en la música hindú se llega a unos momentos de éxtasis en los que se comulga con la propia divinidad.

Lo que trato de señalar en todos estos ensayos es que la gente civilizada, sean occidentales u orientales, necesitan ser liberados y «deshipnotizados» de su sistema simbólico para que puedan volver a ser conscientes de las vibraciones reales del mundo viviente. En ausencia de esta Conciencia somos capaces de no reaccionar ante atrocidades tales como abrasar niños con napalm, bombardear hasta la saturación terrenos fértiles acabando con todo vestigio de vida animal o vegetal (aparte de los hombres que lo habitan, claro) o fabricar armas químicas o nucleares que plantean el problema no sólo de cómo evitar su utilización, sino más bien de cómo conseguir borrarlas de la faz de la tierra.

Necesitamos ser plenamente conscientes de nuestra ecología, de nuestra interdependencia y virtual identidad con otras formas de vida que los egocéntricos métodos de nuestro habitual sistema de pensar nos impiden experimentar como un hecho real. El llamado mundo físico y el cuerpo humano no son más que un mismo y único proceso, tan sólo diferenciados, por ejemplo, como puedan estarlo los pulmones del corazón o la cabeza de las extremidades. En los obtusos círculos académicos hago referencia a este tipo de comprensión llamándola «conciencia ecológica». En cualquier otra parte la llamaría «conciencia cósmica» o «experiencia mística». Nuestro «establishment» intelectual y científico está todavía en general hipnotizado por el mito de que la inteligencia y los sentimientos humanos no son más que azares inmersos en un universo estúpido y mecánico. Como si los higos pudieran crecer en forma de cardos o las uvas en la de espinas. ¿No sería más razonable contemplar el esquema perfecto de las cosas, en continuidad con nuestra propia conciencia y con la maravillosa organización nerviosa que, digamos, la ampara?

Por metafísicas que puedan parecer estas consideraciones, creo que tienen consecuencias bien prácticas. Por cuanto nuestra mal llamada civilización «materialista» debería ante todo cultivar el amor por las cosas materiales, por

la tierra, el aire, el agua, por los bosques, y las montañas, debería cultivar la buena comida y el buen gusto en el vestir y en decorar las casas y, por fin, la búsqueda de contactos corporales eróticos. Todas estas «cosas», ciertamente, son tan fugaces como las olas del mar, pero ¿qué clase de amor, vida o energía puede encontrarse en una abstracción o en una roca perfectamente sólida e indestructible?

A propósito. La verdadera palabra «roca» (rock) nace con «rock-a-bye baby» y «rock-and-roll». Unir es separar y tomar juntas las partes. Iniciar es empezar a preparar cuidadosamente el curso de la acción y dar, sorprendentemente, un paso al frente. «Evil» (el mal) se lee al revés «live» (la vida). *Demon est deus inversas*.

*Sobre el cielo, bajo el cielo;
Sobre las estrellas, bajo las estrellas
Está por encima, se mostrará por debajo.*

Feliz quien lo adivine.

Los textos que se encontrarán a continuación fueron escritos independientemente, por lo que confío en que el lector me perdonará algunas reiteraciones, si bien he tratado de que siempre fueran expresadas de modo distinto. «Riqueza contra dinero» y «Asesinato en la cocina», fueron escritos para *Playboy*, esta excepcional publicación que ha dado cabida a parte del pensamiento filosófico más sugerente de América. «El espíritu de violencia y el problema de la paz» fue escrito para *Alternatives to Violence*, un simposio editado por el Dr. Larry Ng, neurólogo, y que fue publicado por Time-Life Books. «Drogas psicodélicas y Experiencia Religiosa» fue escrito a petición de la *California Law Review* para un número dedicado a los problemas legales planteados por el uso y abuso de las drogas. Fue asimismo leído como conferencia en la *Illinois State Medical Society*.

Todos menos uno de los «Siete ensayos cortos» fueron publicados por primera vez en *The Bulletin of the Society*

for Comparative Philosophy. «El Mito Básico» y «El Gran Mandala» aparecieron en el *San Francisco Oracle*, el esfuerzo más notable realizado hasta el momento por la *Underground Press*. «D. T. Suzuki: el erudito de la *no-mente*» apareció también en el simposio publicado en su honor por la *Eastern Buddhist Society* de Kyoto. «Arte con A mayúscula», fue escrito como prólogo al catálogo de una exhibición de arte electrónico organizada por Oliver Andrews, profesor de escultura de la Universidad de California, Los Ángeles. Agradezco el permiso concedido por las distintas publicaciones para reunir todos estos ensayos en el presente volumen.

Sausalito, California
Mayo, 1969
ALAN WATTS

RIQUEZA CONTRA DINERO

En el año 2000 de la presente era, los Estados Unidos de América ya no existirán. No se trata de una profecía basada en poderes sobrenaturales sino una suposición completamente razonable. «Estados Unidos de América» puede significar dos cosas totalmente distintas. La primera puede significar un cierto territorio físico, gran parte del continente norteamericano, y que incluye lagos, montañas, ríos, plantas, animales y gente. La segunda puede referirse a un Estado político soberano, en competición con otros Estados soberanos existentes sobre la superficie del planeta. El primer significado es concreto y material; el segundo abstracto y conceptual.

Si los Estados Unidos siguen existiendo durante mucho tiempo en este segundo sentido, inevitablemente van a dejar de hacerlo en el primero. Por cuanto la tierra y la vida que encierran pueden ser destruidos actualmente con toda facilidad; ello será posible gracias a los repentinos y catastróficos efectos de una guerra nuclear o biológica, o a cualquier combinación de algunos tristes factores como los siguientes, exceso de población, polución atmosférica, contaminación de las aguas, y erosión de los recursos naturales a causa de una mala aplicación de la tecnología. A los que, además, pueden añadirse la posibilidad de una guerra civil o racial, la autocongestión de las grandes ciudades o el colapso de las principales redes de transporte y comunicación. Éste sería el fin de los Estados Unidos en ambos de los sentidos mencionados.

Existe, quizá, la remota posibilidad de que podamos continuar en el cielo nuestra abstracta y política existencia, de que podamos disfrutar directamente del estar «antes muertos que en poder de los rojos», y de que, con el permiso del Todopoderoso, podamos decir a nuestros enemigos que estarán chamuscándose en el infierno: «Ya os lo advertimos». Basándose en semejantes esperanzas, es muy probable que alguien pueda pulsar el Gran Botón Rojo a fin de demostrar que la creencia en la inmortalidad del espíritu está por encima de cualquier supervivencia física. Afortunadamente para nosotros, nuestros enemigos marxistas no creen en ningún más allá.

Cuando hago predicciones tan realistas parece ser que tiendo a mostrar el lado sombrío de las cosas. Mis candidatos no han ganado todavía ninguna de las elecciones en las que he votado. Estoy, pues, inclinado a creer que los políticos prácticos dan por sentado que la mayoría de la gente o es malintencionada o es estúpida; siento que normalmente sus decisiones serán miopes y autodestructivas, y que, con toda probabilidad, la raza humana fracasará como experimento biológico dejándose llevar por el fácil declive de la muerte, como los cerdos suicidas del Evangelio. Si pudiera apostar, invertiría mi dinero en este sentido. Pero no hay lugar alguno para apostar sobre cuál va a ser el fin de la humanidad. Del mismo modo, no se puede mirar la situación como si se estuviera por encima de ella, como si uno fuera un observador frío e imparcial. Me hallo implicado en la situación y, por tanto, me concierne, y porque me concierne, seré arrastrado a la perdición si deo que las cosas sucedan tal como sería de esperar en el caso de que tan sólo se tratara de una apuesta.

No obstante, existe otra posibilidad para el año 2000. Una posibilidad que exige la concentración de nuestras mentes sobre los hechos físicos y que nos importen un bledo los Estados Unidos de América como entidad política y abstracta. Al pasar por alto la idea de nación, podemos

prestar nuestra total atención al territorio, a la tierra real, con sus aguas, flores, bosques y cosechas, con todos sus animales y seres humanos. Y así crearemos, con costos y sufrimientos menores de los que estamos soportando en 1968, un experimento biológico totalmente viable y placentero.

Las posibilidades son más bien escasas. No hace mucho el Congreso votó, en medio de una gran retórica patriótica, la imposición de severas penas a los culpables de quemar la bandera de los Estados Unidos. No obstante, los mismos congresistas que aprobaron esta ley son responsables, por acción u omisión, de quemar, envenenar y saquear el mismo territorio que la bandera representa. Con lo que al votar la mencionada ley dieron testimonio de la peculiar y quizá fatal falacia de nuestra civilización: la confusión entre símbolos y realidades. La civilización, que incluye los logros del arte, la tecnología, la ciencia y la industria, es el resultado de la invención y manipulación de símbolos por parte del hombre —letras, palabras, números, fórmulas y conceptos— y de convencionalidades universalmente aceptadas como son las normas, las medidas, los horarios y las leyes. Mediante éstas podemos medir, controlar y prever el comportamiento del mundo humano y de la naturaleza. El éxito parece ser tal, que se nos ha subido a la cabeza y fácilmente confundimos el mundo real con los símbolos con que lo representamos. Tal como el semántico Alfred Korzybski solía afirmar, tenemos la urgente necesidad de aprender a distinguir entre el mapa y el territorio que representa; podía haber añadido, la necesidad de distinguir entre la bandera y el país. Dejádme ilustrar este punto y explicar al mismo tiempo cuál es el mayor obstáculo para un progreso tecnológico sano, centrándome sobre todo en la confusión fundamental existente entre dinero y riqueza. Recordemos la Gran Depresión de los años treinta. Existía una economía floreciente basada en el consumo y de repente, al día siguiente, surge la pobreza, el desempleo y las colas frente a

las panaderías. ¿Qué había ocurrido? Los recursos físicos del país —cerebros, músculos, materias primas— seguían siendo los mismos, pero súbitamente se produjo una situación de escasez de dinero, un llamado hundimiento financiero. Los expertos en banca y finanzas a quienes muchas veces los árboles no dejan ver el bosque, han podido elaborar complejas teorías acerca de las razones de este desastre, pero en realidad todo ocurrió como si el día de la depresión se hubiera presentado un albañil a su trabajo y el capataz le hubiera dicho: «Lo siento, muchacho, pero hoy no podemos trabajar. No hay centímetros». «¿Qué significa que no hay centímetros? —replicará el albañil—. Tenemos madera y metal y todo lo que hace falta.» «Sí, claro, pero tú no entiendes de eso. Hemos gastado demasiados centímetros y ahora se nos han terminado.»

Pocos años más tarde la gente decía que Alemania no podía equipar un gran ejército y costear una guerra porque no tenía oro suficiente.

Lo que no se comprendía entonces, ni todavía ahora se acaba de comprender, es que la realidad del dinero es de la misma naturaleza que la de los centímetros, gramos, horas. El dinero es una medida de la riqueza, pero no es riqueza en sí. ¿De qué le sirve a un náufrago en una balsa un buen puñado de monedas de oro o una cartera repleta de billetes de banco? Lo que necesita es riqueza real en forma de aparejos de pesca, un compás, un motor fuera borda, suficiente gasolina y la compañía de una mujer.

Esta arcaica pero arraigada confusión entre dinero y riqueza constituye la causa principal de que, con el desarrollo tecnológico que poseemos, no produzcamos una mayor cantidad de comida, ropa, viviendas y toda clase de enseres útiles con los que satisfacer a todas las personas de la tierra. La electrónica, los computadores y las técnicas de automatización nos han trasladado a una era de abundancia en la que las ideologías del pasado, sean de derecha, izquierda o centro están sencillamente desfasadas. El viejo

esquema socialista o comunista de quitar al rico para repartir entre los pobres es irrelevante, como lo es la vieja cuestión de conseguir un mejor reparto de la riqueza mediante la comedia de unos impuestos progresivos. Si enfocamos sensatamente el problema del dinero, mi predicción es que para el año 2000, o antes, nadie pagará impuestos, ni llevará dinero encima, los servicios serán gratuitos y todo el mundo poseerá un carnet de crédito general. Este crédito equivaldrá a la cantidad que corresponderá a cada individuo del dividendo nacional, al que todo el mundo tendrá libre acceso. Si así lo desea, podrá lograr unos ingresos extra mediante el ejercicio de algún arte u oficio manual que haya sido desplazado por la automatización. (Para informes más detallados del funcionamiento de este tipo de economía, el lector debería consultar el libro de Robert Theobald *Challenge of Abundance and Free Men and Free Markets*, así como también una serie de ensayos que ha editado bajo el título *The Guaranteed Income*. Theobald es un economista de vanguardia de la *Columbia University*.)

Naturalmente, estas proposiciones harán surgir las viejas exclamaciones «Pero, ¿de dónde saldrá el dinero?» o «¿Quién pagará las facturas?» El caso es que el dinero *no viene* ni nunca vino de parte alguna. Debo insistir de nuevo: el dinero no es más que una medida de la riqueza e inventamos el dinero del mismo modo que inventamos la escala térmica Fahrenheit, los gramos o los kilos. Si descubrimos una mina de mineral de hierro no vamos a ir preocupándonos de que alguien nos preste «un millar de toneladas» antes de ponemos a explotarla. La verdadera riqueza consiste en la suma de energía, inteligencia, técnica y materias primas. El mismo oro constituye riqueza tan sólo cuando se usa para fines prácticos, como, por ejemplo, en la medicina dental, pero en cuanto es usado como dinero y se conserva cerrado en cajas y fortalezas, se vuelve inservible para cualquier otra cosa y queda fuera de circulación en tanto que materia prima, o sea verdadera riqueza. Si el di-